

¿Las claves del futuro?¹

María del Pilar Castillo V.²

Como el mismo Juan Carlos Echeverry afirma, su libro es un conjunto de artículos escritos durante la época en que fue estudiante en la Universidad de Nueva York y luego funcionario del Departamento Nacional de Planeación. El libro está dividido en seis partes. En cada una de ellas el autor intenta describir las fallas en que ha incurrido la economía (¿o sociedad?) colombiana y las razones para entender la situación de hoy. A veces, incluso, da algunas recomendaciones sobre el camino a seguir para alcanzar la vía del crecimiento con democracia y libertad. En otras palabras, el libro es un balance, contado sin mayor gracia, de la situación del país.

Echeverry parte de una hipótesis que podría ser interesante: en Colombia, el alto desempleo, el bajo crecimiento económico y la pobreza no se derivan de la aplicación de un modelo de desarrollo. El origen del término *modelo de desarrollo* se encuentra en los finales de los cuarenta cuando algunos economistas latinoamericanos (¿podrían llamarse así?) acuñaron el término, lo popularizaron y lo convirtieron en herramienta clave de discusión de políticas públicas.

Para comprobar su hipótesis, en la primera parte del libro el autor muestra que las crisis económicas que ha experimentado Colombia, ubicadas en épocas distintas (1976-1985 y 1991-1999) -en esencia iguales y con consecuencias similares-, son el resultado de la aplicación de enfoques provenientes de dos modelos de desarrollo diferentes. Desde esa perspectiva, cualquier debate que tenga como punto central la búsqueda de un modelo de desarrollo salvador es una pérdida de tiempo. Sugiere que adentrarnos en discusiones de este tipo es lo que ha llevado a la persistencia de algunos errores. Echeverry propone un cambio de actitud para aquellos profesores y comentaristas colombianos que han venido cometiendo los mismos errores y les recomienda, primero, alejarse de la idea de que sus visiones sobre la economía colombiana funcionan mejor que los preceptos de la teoría económica; segundo, olvidar la ilusión de que las fallas de mercado pueden solucionarse más eficientemente por la vía del control de los precios que por la regulación económica; tercero, no sobreponer el papel de los hacedores de política al de las empresas y familias y

¹ Reseña de *Las claves del futuro: economía y conflicto en Colombia*, de Juan Carlos Echeverry (Bogotá, Ed. Oveja Negra, 2002)

² Economista, profesora del Departamento de Economía de la Facultad de Ciencias Sociales y Económicas de la Universidad del Valle. <mapica70@hotmail.com>

actores internacionales, es decir, al de aquellos que, por su naturaleza, pueden incrementar el ahorro y la capacidad productiva interna sin intervención alguna.

Si se siguen al pie de la letra estas recomendaciones, es probable que el país se aleje del letargo económico en que se encuentra y entre en una senda de crecimiento sostenido. Esto supone, claro, una serie de condiciones económicas y políticas para que todos los agentes económicos tomen las decisiones correctas. Todos podemos estar de acuerdo en ese planteamiento, pero para alcanzar tal objetivo se requiere de un análisis más centrado sobre el comportamiento de los diferentes agentes que actúan y hacen parte del contexto económico.

En esta dirección, la segunda parte del libro se dedica a describir y diagnosticar la época de recesión de la economía colombiana sin despertar, en el lector, ningún tipo de interés. Las reflexiones en torno a la crisis que afectó a la economía nacional a finales de los noventa sirven de justificación para no seguir en la discusión de un modelo desarrollo, pero sí para convencerse de que el mercado es la mejor alternativa. Echeverry muestra que el origen de los problemas de balances, el déficit fiscal y cambiario, y el desplazamiento de la inversión privada a causa de estos últimos, puede encontrarse en esa mezcla donde se confunden las decisiones del gobierno y del sector privado. Y como estas decisiones de los agentes privados sobre ahorro y consumo fueron el resultado de choques externos (exportaciones de petróleo), el desarrollo de instituciones financieras y el comportamiento del sector público.

Dentro del grupo de males que ha ocasionado el pobre desempeño de la economía colombiana está el manejo dado a el sistema colombiano de ahorro y vivienda. Los usos y abusos que se cometieron llevaron a pique la efectividad del sistema. La hipótesis del autor apunta a que el sector de la construcción no se acomodó, en los noventa, al desarrollo de largo plazo de la economía. ¿La razón? los múltiples cambios del sistema UPAC minaron cualquier posibilidad de que este sector se convirtiera en el líder de la recuperación de la economía colombiana. Como alternativa, Echeverry propone un sistema de financiación de vivienda con criterios muy claros sobre la población al cual debe estar dirigido, es decir, un sistema que tenga en cuenta el estrato socioeconómico de los beneficiarios. En el pasado, el sistema terminó beneficiando a sectores de más altos ingresos que veían la vivienda como una forma de especular y de obtener beneficios. Este nuevo sistema debería ser capaz de hacer una utilización eficiente del capital y del trabajo que se encuentra en la economía. También debería promover la financiación de vivienda a través de instrumentos financieros que canalicen el ahorro de largo plazo. En este sentido, la propuesta de Currie, exitosa hasta los ochenta, no pudo sobrevivir a los embates del sistema financiero y colapsó en los noventa. El fracaso de su funcionamiento se debe más a las reformas económicas de los años noventa que a la esencia del sistema UPAC como ente impulsador de la economía.

Otra de las razones de la crisis vivida por Colombia se encuentra en el sistema pensional que cuenta con una muy baja cobertura y una fuerte carga sobre los dineros públicos. Las recomendaciones de Echeverry no se hacen esperar. Una

reforma pensional debe estar dirigida a los siguientes cuatro puntos: los nuevos afiliados al sistema no deben generar una nueva deuda, es decir, habría que implantar un sistema parecido (aunque no lo diga explícitamente) como el *pay as you go*. En segundo lugar, una reforma al sistema pensional debe tender a eliminar todo tipo de privilegios para los afiliados, es decir, buscar un sistema más equitativo. Tercero, el subsidio debe ser la diferencia entre el ahorro acumulado por el jubilado y la pensión mínima a que tiene derecho por ley. Finalmente, es necesario hacer una reestructuración del ISS que la haga más competidor y viable.

Otro de los puntos importantes al que Echeverry dedica tiempo es a explicar o, más bien, a entender la relación entre conflicto y economía. Como cualquier analista internacional, Echeverry da una versión del conflicto colombiano visto desde afuera. El análisis parte de ubicar a Colombia y a su conflicto interno, dentro del conjunto de países con situaciones de guerra similares. Aquí, el lector no va a encontrar una hipótesis nueva sobre la dinámica de la confrontación armada y su relación con la economía. En esta parte lo único novedoso puede ser la interpretación que hace del modelo de Lucas para explicar la falta de efectividad de las políticas judiciales. Lo demás obedece a los resultados de los estudios realizados por los investigadores del Banco Mundial, Paul Collier entre ellos, que logran clasificar los conflictos de los países por su origen, su duración e intensidad en número de vidas humanas, y su relación con las características socioeconómicas del país en el periodo en que se inicia el conflicto.

Según los resultados del estudio que Echeverry plasma en su libro, Colombia está ubicada dentro de la categoría de países con conflictos caracterizados por disputas del control del aparato estatal. Las conclusiones del autor, al igual que la de muchos otros autores que han analizado el conflicto, giran en torno a *la incapacidad del estado para controlar, conciliar o solucionar las discrepancias entre los diferentes grupos y/o para cumplir con su papel en la provisión de bienes y servicios*. Generalmente, estos casos justifican el que algunos tomen las armas para garantizar la seguridad local y así obtener el acceso a determinados recursos económicos que no controla el estado.

¿Cómo se ha comportado la economía en casi cuarenta años de conflicto? Colombia es clasificado como uno de los cinco países que experimentan un conflicto de larga duración y de una alta intensidad. Sin embargo, este país ha logrado mantener una tasa de crecimiento económico durante la guerra superior a la de sus vecinos, es decir, al de países que no enfrentan este tipo de situaciones.

Los efectos del conflicto se observan, sobre todo, en el capital físico, humano y social que transforma la senda de crecimiento del país. Echeverry hace una lista del impacto sobre el ahorro, el acervo de capital, sobre el consumo y la inversión, los efectos sobre el gasto público y el déficit fiscal y sobre el mercado laboral. Aunque podría estarse de acuerdo con cada uno de los puntos de lista, parece que Echeverry queda en deuda con el lector al no señalar como en Colombia los diferentes agentes de la economía, desde empresarios hasta consumidores, han

logrado ajustar sus percepciones e interacciones y han podido operar dentro de la situación de incertidumbre generada por el conflicto. Nadie nos garantiza que si el conflicto finalizara hoy, la economía colombiana entraría en una senda de crecimiento sostenida. Aquí vale la pena recordar una de las propuestas de Echeverry: crear más en el mercado. La guerra ha llevado a una deslegitimización del Estado como ente capaz de garantizar el cumplimiento de la ley y de la provisión de bienes y servicios públicos. A los agentes económicos les queda acudir a otras formas de Estado como los grupos armados, la seguridad privada o a cualquier forma que les garantice el respeto a sus derechos. Aquí la economía ha logrado convivir con el Estado (?) y los actores económicos han logrado acomodarse a él, es por eso, que el conflicto no ha agotado la economía.

La conclusión a la que llega al autor después de revisar algunos estudios al respecto, es que a pesar de ser Colombia uno de los países que más tiempo ha permanecido en conflicto (más de 40 años), no ha visto afectada en forma proporcional su crecimiento económico. Parece haber una relación negativa entre la duración del conflicto y la pérdida del crecimiento. De igual forma, la intensidad del mismo y la pérdida de inversión privada parecen no tener relación.

Desde el punto de vista del gasto público y su relación con el conflicto, los datos muestran que, para Colombia, no se observa una reducción del gasto en educación y salud. El autor ofrece una explicación: muchos de los programas de los últimos gobiernos se han centrado en mantener el gasto social a la par con el gasto en defensa. Aunque hoy en día los efectos de ese gasto social no son evidentes.

El análisis de la importancia de la relación entre el conflicto y la economía parece no superar, o más bien, no ofrece nada novedoso al análisis que antes han hecho otros economistas. La idea de ubicar el conflicto colombiano en un contexto internacional parece provenir más del deseo de nuestros hacedores de política de estar a la penúltima moda intelectual que de una búsqueda intelectual auténtica. Sin embargo, Echeverry salva esta parte del libro al presentar los efectos del conflicto y de la guerra sobre las percepciones de los actores económicos, y confirmar lo que muchos sospechaban: que ha habido un incremento en el nivel de desconfianza en las instituciones, y dentro de ellas el sistema judicial colombiano.

A mi juicio, parece que Echeverry, en esta parte del libro, logra por fin atraer la atención del lector al presentar la relación entre la rapidez de la respuesta de las autoridades ante la criminalidad y la percepción sobre los orígenes de la misma. Tanto la metodología como los resultados del análisis pueden convertirse en un punto de controversia. Dado que Colombia es uno de los países con la más alta tasa de criminalidad en el mundo, no hay una correspondencia con la efectividad de la justicia para arrestar a los criminales. Más aún, la relación entre la tasa de criminalidad y la respuesta de las autoridades difiere de acuerdo al departamento.

La metodología de Echeverry sigue el modelo de extracción de señales desarrollado por Robert E. Lucas. La idea central es que las autoridades locales responden a los choques de crimen de acuerdo a si el origen de los hechos es de

carácter nacional o local. Así, si las autoridades policiales y judiciales observan que las causas del crimen obedecen a causas nacionales, sus esfuerzos disminuyen, mientras que si el surgimiento del crimen se debe a causas locales, hay una mayor disposición a combatirlo. Echeverry extiende el análisis al fenómeno guerrillero y concluye que este es de índole nacional y requiere de un esfuerzo conjunto y no de la acción de autoridades regionales.

Aunque sus conclusiones no concuerdan con la realidad colombiana en cuanto a arreglos regionales, considero que éste punto puede ser discutido y plantea una nueva forma de explicar la baja efectividad de la justicia colombiana. Echeverry queda en deuda con el lector a pesar de la aplicación del modelo de Lucas, porque no logra lo que ofreció al comienzo de su libro: un análisis novedoso del pasado, el presente y el futuro de la situación económica colombiana. Como recomendación queda algo que ya todos habíamos oído: que es mejor olvidar los modelos de desarrollo y dejar que el mercado haga su labor.